

BIOGRAFÍA INTELECTUAL

RAMÓN VARGAS-MACHUCA

Adolfo Sánchez Vázquez nace en Algeciras, en el año 1915, pero a una edad temprana su familia traslada su residencia a Málaga. Su interés primero se centra en la poesía y de ella emerge su posterior dedicación intelectual. Sus primeros pasos en este campo, al comienzo de los años treinta, los da de la mano de Emilio Prados. Posteriormente, inicia sus estudios de filosofía y letras en la Universidad Central de Madrid. Él mismo describe, muchos años después, cuál era el clima intelectual que se respiraba en aquella facultad:

La Facultad de Filosofía y Letras, orgullo de la política cultural de la República, era tanto por el pensamiento que la inspiraba como la influencia que ejercía en sus aulas, la Facultad de José Ortega y Gasset. En ella se cristalizaba su idea de la misión de la Universidad y, en cierto modo, se transparentaba su visión elitista de España y de la sociedad. Características de la Facultad eran su alto nivel académico, introducción de nuevos métodos de enseñanza, la voluntariedad de la asistencia a los cursos, la eliminación de los exámenes de asignaturas y, sobre todo, una implacable selección del alumnado [...] Yo estudiaba con ahínco los cursos que había escogido, pero aunque satisfecho académicamente, dado el buen nivel en que se daban, me sentía extraño ideológicamente pues nada encontraba en ellos que remotamente se abriera al marxismo. Incluso el curso de lógica del socialista Besteiro, a la sazón presidente de las Cortes, era lo más ajeno a él. Mi marxismo seguía siendo, por tanto, el de un autodidacta y se desarrollaba, casi exclusivamente, fuera de la Universidad en un plano político militante”.¹

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, “*Post-scriptum* político filosófico a ‘Mi obra filosófica’”, en Juliana González, Carlos Pereyra y Gabriel Vargas Lozano, eds., *Praxis y filosofía. Ensayos en homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*. México, Grijalbo, 1985.

Ahí se incorpora a algunas de las tertulias literarias y entabla relación con los jóvenes escritores de la época y con otros más consagrados como Alberti, Sender, Neruda. Envía colaboraciones a la revista *Octubre*, fundada por Alberti, y dirige la revista *Sur* en Málaga. Antes de comenzar la guerra escribe, ya, un conjunto de poemas titulado *El pulso ardiendo*, que se publican en México, en 1942.

Sin duda, como aconteció a tantos otros jóvenes intelectuales, la República y la Guerra civil vivida del lado de los intelectuales progresistas comprometidos con la defensa y profundización de aquel proyecto de transformación de España determinaron, definitivamente, la trayectoria vital e intelectual de aquel joven revolucionario que había hecho la guerra con los que fueron finalmente vencidos. La experiencia posterior de exilio que le conduce a México y la conciencia cruda de su significado permanecen indelebles en la trayectoria y memorias del filósofo Sánchez Vázquez, como él mismo se ha encargado más de una vez de recordarnos:

El exiliado descubre con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y que tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado.

Puede volver, pero una nueva nostalgia y una nueva idealización se adueñará de él. Puede quedarse, pero jamás podrá renunciar al pasado que lo trajo aquí y sin el futuro ahora con el que soñó tantos años.

Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre... Lo decisivo es ser fiel —aquí o allí— a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá— sino *cómo se está*.²

Pero lo cierto es que esa realidad le vincula a nombres que por sí mismos lo dicen todo: Alberti, W. Roces, Cárdenas, J. Gaos, E. Imaz, Antonio Machado, Corpus Barga, Sender, Octavio Paz, Nicol; a aventuras intelectuales tales como *Octubre*, *Mundo Nuevo*, *Sur*, *España Peregrina*. Una dura pero fértil escuela de formación.

² A. Sánchez Vázquez, "Cuando el exilio permanece y dura. A manera de epílogo", en Lizandro Chávez Alfaro *et al.*, *¡Exilio!* Pról. de Gabriel García Márquez. México, Tinta Libre, 1977.

La perspectiva de un largo exilio modera en Sánchez Vázquez, como en tantos otros, el activismo político que había alimentado la experiencia anterior. En el caso de Adolfo Sánchez Vázquez, esa circunstancia incita a una reflexión razonada sobre el significado de aquellas opciones políticas. Es la voluntad de *hallar respuestas teóricas a cuestiones prácticas* el impulso que estimula su dedicación a la filosofía. Él mismo expresa muy gráficamente cómo llegó a la filosofía: “Una truncada práctica literaria y más precisamente poética me llevó a problematizar cuestiones estéticas y una práctica política me condujo a la necesidad de esclarecerme cuestiones fundamentales de ella y, de esta manera, casi sin proponérmelo, me encontré en el terreno de la filosofía”.³

Reinicia entonces, en México, los estudios de filosofía que había comenzado en la Universidad Central de Madrid, José Gaos y Eli de Gortari son nombres a los que es necesario vincular el principio de su formación filosófica, además del bagaje que había supuesto su paso por la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, hegemonizada por la influencia de Ortega. Pero, sin duda, su interés principal era el de repensar los contenidos filosóficos del marxismo, cultura política de buena parte de los antiguos resistentes. El bagaje con que inicia la recomposición del marxismo no era otro que los contenidos doctrinarios del *dia-mat*. Pero él mismo recuerda la reluctancia que aquella situación le producía: “En la medida en que mi formación se enriquecía, aquel marco me resultaba cada vez más estrecho e insatisfactorio [...] Fue así como se fue operando en mí un proceso de alejamiento primero, de ruptura después y de superación más tarde con respecto a ese marxismo institucionalizado”.⁴

Claro que este proceso fue similar al experimentado por Colletti, A. Schmith, Cerroni y otros, que inician una profunda revisión de sus creencias teóricas, a partir de la decepción que, en los años cincuentas, les produjo la deflación del marxismo práctico.

Buena parte de su acción docente y, sobre todo, su actividad investigadora, que se inician en 1955, se desenvuelven al mismo tiempo

³ A. Sánchez Vázquez, “Mi obra filosófica”.

⁴ *Idem*.

que un proceso de crítica y de autocrítica de la cultura marxista. Los resultados de dicha evolución filosófica quedan reflejados principalmente en su obra *Las ideas estéticas de Marx*, en su tratado de *Ética*, y en lo que se refiere a su propia interpretación del marxismo en su obra *Filosofía de la praxis*. Los campos temáticos, en consecuencia, que aborda la aportación de Adolfo Sánchez Vázquez, pueden resumirse en lo siguiente: una particular concepción de la filosofía, una forma original de entender el marxismo como pensamiento, una teoría de la ética y aportaciones singulares a cuestiones fundamentales de la estética.

La filosofía de la praxis

Arranca su aportación de una indagación en los contenidos filosóficos que aparecen en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* y en otras obras del joven Marx. Originariamente la idea de trabajo, y a través de ella, la categoría filosófica de praxis, permite a Adolfo Sánchez Vázquez una reconstrucción de la concepción de la filosofía y del marxismo, en tanto que forma singular de la filosofía. La praxis se convierte en la categoría central desde la que se interpretan las distintas modalidades de la acción humana. La praxis humana es, ante todo, creación, anticipación imaginativa, actividad libre, social, universalizable, en una palabra, paradigma de lo específicamente humano. Además la categoría de praxis interviene de una manera definitiva para una nueva forma de ejercer la filosofía, ésta no sólo tiene una función gnoseológica, sino a la vez crítica y política, siendo una forma de racionalidad integradora. En concreto, el marxismo como filosofía de la praxis desarrolla de un modo unitario su triple dimensión de conocimiento de la realidad, crítica de lo existente y proyecto de emancipación.

Las ideas que se van desgranando poco a poco, a través de la obra de Sánchez Vázquez, transpiran un sentido profundo de renovación en el seno de la tradición marxista. No sólo abandona la escolástica del *dia-mat* y muestra el rigor intelectual de indagar en las fuentes, sino que su marxismo contiene un impulso específico de regeneración antidogmática sin caer por ello en cualesquiera de los unilatera-

lismos al uso en otros intentos contemporáneos. Sin duda, Sánchez Vázquez ha creado en el mundo de habla hispana, y en Iberoamérica en particular, una manera peculiar, intelectualmente fértil, de volver a pensar las cuestiones del marxismo como tradición intelectual.

Ética y estética

La exposición de sus ideas acerca de la ética está orientada, en buena medida, por sus fines didácticos. No constituye su aportación más singular. Sin embargo, Sánchez Vázquez ofrece un enfoque histórico-social del hecho moral, saliendo al paso a la vez de todo apriorismo o utopismo, y de todo realismo sin principios. “Me proponía —dice él mismo— romper no sólo con el normativismo imperante en los tratados idealistas de ética, sino también en el de los manuales marxistas de la ética al uso”. La ética es para Sánchez Vázquez, teoría del comportamiento moral, explica las razones y fundamentos del hecho moral, que no puede ser separado de las condiciones, instituciones y relaciones sociales que lo hacen posible.

Son sus ideas acerca de la teoría estética, junto a su “filosofía de la praxis”, lo más interesante y singular de su aportación intelectual. Si el trabajo, como forma de la praxis, es dimensión esencial de la naturaleza humana, el arte es, ante todo, trabajo creador. Así lo expresa el propio Sánchez Vázquez:

Si el hombre es ante todo un ser práctico, transformador o creador, que produce con su trabajo una naturaleza humanizada y crea, asimismo, en este proceso, su propia naturaleza social, humana, el arte es una actividad humana esencial. Las obras de arte son, en primer lugar, creaciones. En ellas, el hombre extiende y enriquece la realidad humanizada por el trabajo y se eleva la conciencia de su dimensión creadora.⁵

También el arte ejerce una función crítica en relación con los fundamentos de una sociedad que niega por su propia naturaleza el principio creador, y de esa manera también contribuye a elevar la

⁵ A. Sánchez Vázquez, “Sobre filosofía y marxismo”. México, UAP, 1983.

conciencia de dicha realidad social de un modo más racional y plausible que el de ilustrar o suscribir tesis y programas.

Esta doble consideración acerca de la praxis artística conduce a un distanciamiento de las convenciones del sociologismo y del llamado "realismo socialista". El arte, para Adolfo Sánchez Vázquez, no es reflejo de otra realidad, sino que la realidad artística tiene su propia y originaria dimensión, sostiene en una palabra el principio de autonomía de aquélla frente a los prejuicios imperante en buena parte de la tradición marxista. Tanto su obra *Las ideas estéticas de Marx*, como la antología sobre *Estética y marxismo* son un duro golpe para los que identificaban la estética marxista con las tesis del realismo socialista y con la concepción sociologista. Por el contrario, Sánchez Vázquez descubre a través de una rigurosa apelación a las fuentes de la tradición marxiana una profunda y originaria dimensión del arte en tanto que actividad práctico-creadora del hombre. La actitud de Adolfo Sánchez Vázquez ha permitido una comprensión del arte contemporáneo, desde el marxismo, lúcida y abierta. No es necesario, por tanto, disfrazar de realismo aquello que se cree que se considera creación artística, pues represente o no la realidad exterior el arte es, ante todo, expresión de la *abundantia* de la praxis como ha escrito, a propósito de nuestro autor, Rubert de Ventós. El arte contemporáneo es algo más que ideología de la sociedad burguesa, a la que sobrevivirá como el arte griego sobrevive hoy a la ideología esclavista de su tiempo. Y muy especialmente, al referirse al valor de la creación artística no figurativa, Adolfo Sánchez Vázquez ha llevado adelante, frente a toda atadura ideologista o sociologista, no tanto una justificación de aquella forma de realización artística como una reclamación de derechos negados a la fuerza en una determinada tradición ideológica. La significación de un cuadro abstracto estaba no en su poder de representar sino de evocar, "no en su hacer ver, sino en su hacer vivir o sentir un mundo".

Este talante, sin embargo, no supone en Sánchez Vázquez un rompimiento con aquella determinada sensibilidad, propia de la cultura marxista, que demanda cierta "socialización del arte". La obra de arte, argumenta este filósofo, es una *obra abierta*, lo que permite romper la relación tradicional entre "productor" y "consumidor" de arte. No está propugnando así una desintegración del arte en la vida sino una

socialización del arte como parte de la estetización general de la vida en el socialismo. El arte se mantiene así como actividad específica, aunque dentro de nuevas formas que permitirán universalizar su producción y comunicación a la sociedad entera.

No cabe duda que la larga y fructífera vida intelectual de Adolfo Sánchez Vázquez, su actividad docente e investigadora, merecen un reconocimiento público de la sociedad española. A través de la concesión del título de doctor *Honoris causa* de la Universidad de Cádiz, en cuya provincia nació Adolfo Sánchez Vázquez, la institución universitaria, la sociedad española y Andalucía han recuperado y restituido de un modo simbólico la memoria y el patrimonio intelectual de uno de los filósofos del exilio, cuya contribución a la recomposición de una determinada tradición doctrinal y a la revisión de las teorías estéticas no sólo ha creado una encomiable Escuela, sino que puede considerarse universalmente señera en el panorama del pensamiento contemporáneo de habla hispana.